Vuelta a casa

Julio Montesinos Barrios

59

Iznájar, 2023

VUELTA A CASA

JULIO MONTESINOS BARRIOS

59

—

2023

Vuelta a casa

Imprime: *Publicidad El Castillo*
C/ 9 de junio de 1910, 2
14970 IZNÁJAR (Córdoba)
Telf. y Fax: 957 53 47 19
imprentaelcastillo@gmail.com
www.publicidadelcastillo.com

Depósito legal: CO-716/2023

Miembros del Jurado
Primer Premio de Relato Corto 2023
Categoría Absoluta
Ayuntamiento de Iznájar
Publicidad El Castillo

José María Molina Caballero
María José Núñez Villalba
Virginia Jiménez Pareja
Francisco Martos Muñoz
Belén Ortiz Núñez

Mi madre hace güija. Armada con el mítico vaso de Duralex verde, su mano se desplaza por la mesa de la cocina en anárquico recorrido. Movimientos secos y veloces difíciles de seguir por el ojo poco avezado. Lo mismo marea por la derecha que arranca súbitamente hacia el frente o gira a la izquierda. Servirle con éxito agua o leche durante la sesión mañanera requiere pericia de trilero. Como carezco de ella, solo queda unirme.

-Ponme con el tío Federico, a ver qué cuenta.

Ella frunce el ceño contrariada, pero enseguida sonríe, mutando al instante de hiperactiva médium de nívea y alborotada cabellera, cual Doc de Regreso al Futuro, a

entrañable anciana de beso agradecido. Ahí es cuando me tiene en el saco y acepto resignado que su postrera actitud punk será tratada con condescendencia.

Goza entonces de dispensa para desaprender todas aquellas normas de educación inculcadas a mi hermano y a mí décadas antes de iniciarse el expurgo en su saturada memoria. Es libre por tanto para continuar con sus experimentos sobre el derrame de líquidos a golpe de muñeca; desconfigurar los canales cuando el mando de la televisión cae en sus manos; tirar de monólogo justo en el momento más interesante de la película; despachar a las visitas con un bizarro surtido de improperios o invocar a gritos a un santoral confuso cuando el agua templada de la ducha entra en contacto con su piel.

Mis sobrinos gemelos no lo entienden y se quejan con razón. ¿Cómo una señora de ochenta y cinco años puede tirar intencionadamente al suelo cucharadas de

anodino brócoli cuando ellos están condenados a tragarse la infame verdura? Ocho décadas de diferencia no les resulta una justificación suficiente. Ella los contempla abstraída y les lanza de pronto guisantes a sus platos. El ataque improvisado resulta un valor seguro para metérselos en el bolsillo. La protesta se diluye entonces entre risas y carantoñas a la abuela.

Quizá mi momento preferido es el de los sketches, como yo lo llamo. Basta con que me dé pie para que yo siga a rebufo sus salidas. Son momentos únicos y divertidos, que facilitan un alto en mi teletrabajo de redactor para marcarme medio minuto a lo Tip y Coll.

—¿Qué has cantado hoy?

—Una de Manolo Escobar y dos líneas y un bingo.

—Ah, muy bien. ¿De las pequeñinas?

—No gracias, a esas hay que dejarlas crecer— me salta instintivamente el ramalazo ochentero.

—Como el pobre Vito.

—¿El del baile...?

Y así aguanto una serie de réplicas absurdas hasta que ya no puedo estirar más el chicle de la improvisación. Reconozco que copio muchas de sus frases y palabras equivocadas que dan lugar a nombres atípicos. Los utilizo en mis proyectos literarios personales. Su éxito es escaso pero la moral, aunque lacerada, todavía la mantengo en pie. Sobre todo porque cuento con la inestimable ayuda de una musa crepuscular que hace guiños cómplices cada vez que me pone en bandeja alguna de sus plagiables sentencias.

Es para comérsela a besos. Petición que continuamente solicita y tanto mi hermano como yo, que ahora vivo con ella, no podemos negarle. Asumimos pronto que obviaríamos ese terrible daño colateral

de la pandemia que impide acercarse y besar a los mayores. Su mente deteriorada no entiende de mascarillas ni de virus, sino de contacto y sentimientos. Es el único código con posibilidades de ser descifrado por los tres. Encriptarlo supone una crueldad que cercenaría el lazo vital que la une con nosotros. Ella se aleja cada vez más, claudicando ante lo inevitable, y los besos y caricias constituyen en parte su magdalena de Proust, el pasaporte a la infancia, convirtiéndonos a menudo en su papá y su mamá. Se queda risueña y tranquila cuando le devolvemos con creces el impagable regalo de sus besos. La pauta completa de la vacuna recibida el mes pasado finiquita al menos nuestros temores iniciales por el riesgo asumido.

En lo que respecta a la comida, obviando por supuesto el brócoli con que la suele obsequiar un domingo sí y el otro también mi querida cuñada, me decanto por alimentarla con platos muy sencillos

pero sanos. Alejados generalmente de cualquier exquisitez de vanguardia. Ejerzo más bien de cocinero bregado en cartas de retaguardia, donde suele predominar el clásico sota, caballo y rey. Es lo que he bautizado como survival foods, comidas en las que se alegra uno tanto cuando las empieza como cuando las termina. Pese a que adolezco de perspectivas evolutivas para mi limitada cocina, me gusta testar su opinión tras la primera cucharada.

—¿Te gusta, mamá?

Ella sonríe inocente y dice no. Es imposible aguantar la risa. Me encanta eso de recibir una respuesta distinta a la esperada. Lo hace de una manera divertida, sin pensar realmente lo que está diciendo. Bueno, o eso creo yo... Al menos, con el tinto de verano sin alcohol con que la sorprendo los fines de semana sí estoy seguro de que acierto. Es darle un trago y elevar las cejas al cielo extasiada por este descafeinado néctar con el que Baco pediría la

cuenta a base de exabruptos y reniegos. No suelta el vaso hasta que apura la última gota del bálsamo de fierabrás capaz de saciar su limitada sed de emociones.

A veces acierta a la primera con mi nombre, Pedro, pero normalmente se equivoca al pronunciarlo o me obsequia con un variado catálogo de antiguos protagonistas y cameos que pasaron alguna vez por la serie que conforma su vida.

Pico, Pedrolo, Luisi, Agustín, tía Marta, San Pedro... Sí, este último reconozco que me hace sacar pecho palomo ante el inesperado ascenso en el escalafón, aunque me inquieta también la súbita responsabilidad de gestionar el llavero.

En otras ocasiones, la célebre frase del poeta francés Paul Éluard*, "Hay otros mundos, pero están en éste"*, parece hacerse realidad en el imaginario materno.

Acercarle una galleta al trono desde el que contempla indiferente cómo Satur-

no devora a sus hijos implica un habitual agradecimiento colectivo.

—Muchas gracias. Ayyy, ¡qué simpáticos sois los cuatro!

Yo correspondo al cumplido mientras giro cauteloso la cabeza en busca de mis compañeros de ofrenda. Por saludarles, si eso... Aunque más bien para cerciorarme de que realmente no hay nadie, no vaya ser que mi madre, gracias a su caótico cruce de cables, sintonice accidentalmente con otras dimensiones y me encuentre rodeado en esos momentos con lo mejorcito de cada casa. Cosas más raras se han visto.

No sé por qué, pero es con la llegada del ocaso cuando le gusta alternar el cercano tuteo con un formal y distante tratamiento de usted. Consciente de la fase del día a la que hemos llegado, es momento de seguirle el juego para no le pillen a uno en un renuncio. También es la franja horaria de los San Píter. Llámese así a la

expresión utilizada en la jerga de mi pandilla para definir la acción con la que un conocido, familiar o amigo, ignora voluntaria o involuntariamente un saludo, llamada o pregunta nuestra por la calle. Carpetovetónico concepto sin duda, inspirado en las famosas negaciones del primer Papa de la historia. Mi madre tiene arte al combinar las dos fórmulas.

—Mamá, ¿quieres que te haga una tortilla francesa para la cena?

—¡Mamá!

—¡Mamá!

—¿Pero por qué me grita? ¿Es usted idiota?— increpa disgustada mientras agita la mano reverencialmente, a lo reina de Inglaterra, para que me aleje de ella.

El día termina tras una amalgama de situaciones alegres, tristes, escatológicas, desesperantes, absurdas... La paciencia es el arma secreta con la que trato de hacer frente a esta desgastadora batalla rutinaria. Y el fruto de mi esfuerzo lo ob-

tengo al final de la jornada. Justo cuando la arropo y ella me mira y sonríe tiernamente. Yo la beso en la mejilla y siento cierta rabia. Las tornas deberían estar cambiadas. Ella es la que debería protegerme a mí de los peligros de ahí fuera, como siempre ocurrió durante infancia y adolescencia.

Desafortunadamente, ya es imposible rebobinar la película, sin embargo, su presencia resulta suficiente para calmar mis miedos. Sobre todo, ahora que he vuelto a casa tras muchos años fuera, huérfano de sus miradas, caricias y besos diarios. Entonces, mientras ponen las lentas, reflexiono un poco y me doy cuenta de que, en realidad, solo con estar, es ella la que me protege a mí.

—Buenas noches San Pedro, que estás muy guapo.

CULTURA IZNÁJAR

PUBLICIDAD EL CASTILLO